

pótico, cuando niega a los individuos el derecho de pensar por sí mismos y de ser autónomos en su propia esfera individual.

Por eso, en la guerra europea, los ultramontanos se declararon resueltamente germanófilos, a sabiendas de que Alemania era protestante y Francia católica; pero Alemania era autoritaria y Francia liberal. Los nuevos fariseos ya no predicaban, como el Jesús a quien tanto invocan, la fraternidad entre los hombres, sino la sumisión que cubre de oro sus recamadas túnicas. Como los augures romanos, los déspotas de todas las sectas pueden sonreírse al pasar y concertar alianzas, porque se han repartido el dominio de los espíritus y de los cuerpos. Roma tendrá estas miras u otras altísimas; no hablamos de Roma; pero los reaccionarios de todos los países maldecirán a Rusia mientras sea la vieja aliada de la Francia republicana; la elogiarán y bendecirán cuando sea aliada de sus enemigos, y no consienta que en su territorio haya quien se permita pensar sin el beneplácito de los Soviets, ni hablar de libertad, palabra para los bolcheviques nefanda. Su enemigo no se llama Alejandro ni Trotsky, Rathenau ni Guillermo; es, categórica y rotundamente, la Democracia.

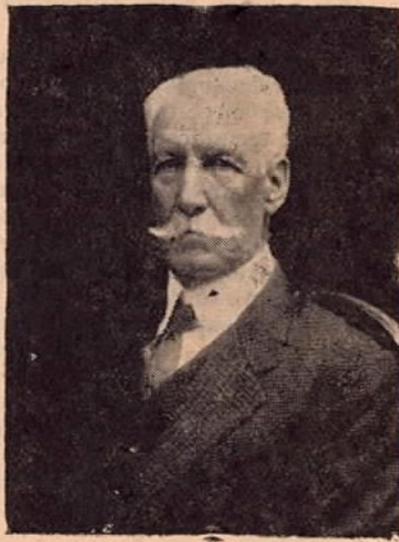
Preparémonos a ver acontecimientos inesperados y a llevar muy grandes sorpresas. La paradoja ultramontana no ha concluido. Los reaccionarios harán muy bien en no despotricar demasiado contra la Rusia bolchevique; así como recibieron la consigna de defender a la Alemania protestante contra la Bélgica católica, pudieran recibir algún día, si llegara a buscar Alemania el desquite, la orden, expresa o tácita, de defender a los rusos sumisos a la autoridad de sus gobernantes y enemigos de la Libertad, contra la pícara patria de Diderot y de los expulsadores de las Ordenes piadosas monásticas. Por eso, admirando en la revolución rusa lo que hay de hondo y sano en la evolución de los principios económicos, la miramos con desconfianza los que, antes que revolucionarios, somos liberales; y primero que la riqueza y aun que el bienestar económico, ansiamos el triunfo de los principios democráticos, que no serán muy gratos a los que gustan de la esclavitud cerebral, ni de quienes desean vengarse de las clases medias, verdaderamente intelectuales, para instaurar un despotismo nuevo de los iletrados; pero sin cuyas normas es imposible el progreso de las ideas y la total dignificación humana.

(La Libertad, Madrid).

El Lic. Alejandro Alvarado G.

El perteneció a una generación de las que han edificado con ejemplo, virtud y voluntad el espíritu de esta patria. Lo hizo como ciudadano, dando siempre a su título un alto sentido activo; lo hizo como juez, haciendo de la justicia una religión de su vida; lo hizo como maestro, y quienes fuimos sus discípulos no olvidaremos nunca ni la paternal unción con que enseñaba ni la nobleza de sus lecciones.

Tuvo, por naturaleza, el don estético de la vida, y el sólo verlo bastaba para comprender qué majestuoso tim-



LIC. DON ALEJANDRO ALVARADO G.

bre puede conquistar el alma de un hombre en este mundo, cuando se consagra a cosas superiores y cuando entre las preciosas gracias de la fortuna, él elige la sabiduría para adorno de sus destinos.

Era varonil de presencia y severo y majestuoso. El, que siempre gustó de la blancura como real símbolo de la pureza del espíritu, recibió de la vejez austera, el don de una cabellera de armiño que fué como el extremo resplandor de su grandeza interna. Así nos complacía verlo, reliquia de un pasado fecundo en saludable lección, como representativo de lo que la patria tuvo de excelente y como incentivo para aquellos que pueden creer todavía, delante de tales espectáculos, que la patria es algo por lo cual se puede dar toda una vida armónica e ilustre. Para él la patria fué algo; tal vez la patria fué todo, concebida como el resumen de cuanto ama el hombre sobre la tierra: el solar de los mayores; la nación tejida, al pensar de Renán,

de los más puros ideales y sueños, de angustias y alegrías; los hijos, los discípulos, los amigos. Y él dió a ella un corazón valeroso, una inteligencia inquieta, y lo que es mejor aun, un temperamento inquebrantable para todo lo que no fuera lo justo y lo bueno, en lo cual tenía el sello augusto del filósofo antiguo. Eso es lo mejor: descender al sepulcro donde la carne reposa, y entregar el espíritu al infinito, donde reside la eterna verdad, sin que nadie, tras el recuerdo de una vida desaparecida, tenga alguna queja que hacer.

Por eso es justo y evidente el duelo de la República, porque ella, Madre altísima, no tiene para este hijo suyo magnífico, más que gratitud: porque él la llenó de orgullo y santidad; porque nada de él la hizo ni entristecerse ni avergonzarse, y porque al desaparecer deja sobre su corazón el resplandor de una memoria sin mancha.

Oh! vosotros los jóvenes, por quienes él estuvo siempre atento, no penséis en la muerte de este hombre, que es cosa accidental; pensad en su vida, que es como una eterna y enaltecedora verdad.

ROMULO TOVAR

(Envío del autor).

A Tórtola Valencia

DECID, señora, ¿sois acaso el octavo pecado, aquel con que han soñado hace siglos los hombres hastiados de la vulgaridad de los siete del catecismo?

¿El pecado que no tiene nombre inmediato y definitivo lo mismo que los perfumes?

Cuando danzáis vuestro cuerpo parece disputado por ángeles y demonios.

Diríase a ratos que vuestra carne es presa de los horrores con que las tentaciones asedian a los anacoretas en los cuadros de Breughel el Joven.

Dios envió un ángel a clavar en vuestros pies y brazos la espina del tormento.

Hace siglos el mismo alado mensajero quizá hundió otra en el corazón de la Santa de Avila, quien para siempre perdió la calma, y no fué ya sino viviente anhelo de penetrar en el pensamiento de la Eternidad.

CARMEN LIRA

(Envío de la autora).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos